ERNESTO BRIATA, Pbro. S.

TERCER FOLLETO

LA FAMILIA CRISTIANA

Reflexiones tempestivas

«»

AREQUIPA

Tip. "El Deber" — Jerusalen 212

1933

ERNESTO BRIATA, Pbro. S.

TERCER FOLLETO

LA FAMILIA CRISTIANA

Reflexiones tempestivas

«»

AREQUIPA

Tip. "El Deber" — Jerusalen 212

1933

A LOS PADRES DE FAMILIA

A vosotros, padres y madres de familia, dirijo, efusivamente, este opúsculo de propaganda, que habrá de ayudaros a conocer mejor y a cumplir más perfectamente vuestra nobilísima misión educativa, tan delicada como importante, pues, en vuestras manos están los destinos de la Religión y la Patria.

Arequipa, 5 de agosto de 1933

Dos palabras de proemio

En los dos folletos anteriores, hemos considerado la plaga del divorcio y el cáncer de la escuela sin Dios, en nuestra sociedad actual, cuando precisamente el matrimonio cristiano y la escuela religiosa son, respectivamente, la fuente y decoro de toda grandeza.

La familia está situada entre el matrimonio y la escuela, por ser fruto fecundo de aquél y natural preparación para ésta. Grande, pues, es la importancia de la familia, puesto que de la familia depende la suerte próspera o adversa de la sociedad, su halagüeño porvenir o bien su desquiciamiento. Ahí está la experiencia de los países que por desgracia han franqueado las puertas a la hidra del divorcio y de la enseñanza irreligiosa. En esas naciones la moral viene a ser un mito, el respeto mutuo un sarcasmo y la más completa decadencia acompaña toda manifestación intelectual y material. Allí reina el desorden, la desolación y la ruina.

Cristo, habiendo venido a restaurarlo todo, comenzó por restaurar la familia. El egoísmo, la voluptuosidad, el divorcio y la poligamia habían profanado y deformado la celestial belleza del vínculo conyugal.

En la era lamentable del paganismo, la familia se ofrece a nuestros ojos, como una dama desfigurada o a manera de un hermoso templo devastado por el furor de la más espantosa barbarie, quedando, de su primitiva hermosura, sólo una sombra, a semejanza de una flor ajada, hollada, por la planta de un villano.

Y, en nuestros días, en pleno Cristianismo, se hacen inauditos esfuerzos para paganizar la familia, a la sombra de una civilización falsa e impregnada de cuanto hay de más funesto!

Cristo quiso constituir la primera familia cristiana y, presenciando las bodas de Caná, quiso bendecir la familia, bendiciendo la unión conyugal, inicio de aquélla.

"La familia, dejó escrito con mucha elocuencia Lamartine, es un complemento de nosotros mismos y sobre nosotros, y, al paso que existe primero que nosotros, sobrevive a nosotros, en lo que hay de más noble en nosotros. He comprendido siempre que se quiera favorecer la familia, pero nunca he podido comprender que se la quiera destruír... Esto sería una blasfemia contra la naturaleza y una verdadera impiedad para con el corazón humano".

La familia es el centro de la sociedad y es, al propio tiempo, el venero inagotable de donde saca nuevas energías la patria; el día formidable en que la familia fuera arrastrada en el lodo, habría llegado la hora de celebrarse las honras fúnebres de la patria convertida en frío e inerte cadáver...

Sin embargo, parece que no entiendan esto los que atacando la santidad del matrimonio socavan las bases de la familia cristiana, única familia verdadera y sólidamente constituída y cuyos frutos, son frutos de bienestar para la sociedad, la cual descansa en la familia y de ella recibe vida y brillantez...

En donde la familia funciona como debe funcionar, es decir, conforme a la voluntad de Dios y las enseñanzas de Cristo, todo marcha a pedir de boca, el hogar es un paraíso, la sociedad un encanto y la patria alcanza el ideal de todo bien y en todos los campos...

Cuando falta la familia, la sociedad se convierte en el infierno del Dante con todos sus horrores... La infeliz Rusia nos puede dar una idea de ello...¿Y habrá en el Perú quién quiera imitar a Rusia... acabando con la familia cristiana para poner en su lugar la familia paganizada?. En el Perú hay mucho que edificar y, sin embargo, se piensa en demoler lo que existe

Dos seres homogéneos.

Existe un acontecimiento que constituye el hecho más solemne y decisivo en la vida del hombre. Preparado de muy atrás, objeto de grandes esperanzas, fruto de ingenuas expansiones, apresurado por los más ardientes anhelos del corazón, marca en la existencia el comenzamiento de un nuevo período y de un nuevo orden de cosas.

Dos jóvenes se han encontrado en la senda de la vida, mientras seguían su itinerario trazado por la Providencia. Más que sus pupilas, sus almas se han contemplado, y en esa mirada penetrante y anhelosa han sentido nacer, recíprocamente, en su pecho un movimiento misterioso, una mutua inclinación que a manera de poderoso imán atraía sus espíritus...

El uno representa la fuerza, la otra la debilidad; él la majestad, ella la gracia; él la razón, ella el sentimiento; él simboliza el ardor del sol y ella la suavidad de la luna. Los dos se contemplan y forman un admirable conjunto moral, delante de Dios, los dos se cruzan la eterna palabra del corazón; **yo te amo.** Y, helos ahí desposados y después... al pronunciar un día el **sí** irrevocable, hechos esposos.

Entonces un cambio, una mudanza radical sucede en esas dos existencias.

El joven deja de ser joven para tornarse hombre, **vir**; y realmente debe llamarse hombre por la madurez y reflexión y las varoniles virtudes de que debe suponérsele revestido. Y de la otra parte, la joven ya no es joven,

sino mujer; ya no se apellida señorita, sino señora. Mañana se llamará madre, que es el nombre más dulce en todas las lenguas y el más amable y adorable sobre la tierra.

¿De dónde esta sobrehumana transformación? ¿Qué fuerza misteriosa, cuál poder prodigioso ha trocado a esas dos almas, a esos dos corazones a esas dos existencias? ¿Cuál es el acto solemne que ellos han ejecutado para pasar de un estado de vida a otro estado? ¿Existe tal vez algo de divino, algo de orden sobrenatural que ha investido sus personas? ¿Algún reflejo del cielo que ha iluminando su frente, transformándolo todo?.

Sí, ciertamente. Esto está fuera de duda.

Esos dos jóvenes felices han ido a pedir **algo** a la sombra del templo, como en los albores de los tiempos Adán y Eva en el ambiente perfumado del Edén.

Allí, se postraron en las gradas del altar, juntaron sus manos, levantaron sus ojos al cielo, invocaron a Dios, y Dios, por boca del sacerdote, bendijo su unión y su nuevo destino.

El sacramento del Matrimonio, he aquí la causa transformadora, he aquí el acto solemne, he aquí el soplo religioso, que trocó esos dos corazones, identificándolos y haciendo brotar de su corazón esta exclamación: fundemos una nueva familia.

¿Que es la familia?

Preguntémosle al corazón que no se engaña en materia tan delicada y hace vibrar todas sus fibras como las cuerdas de un arpa. La familia es la primera necesidad de la naturaleza, la primera alegría del alma y el primer afecto del corazón.

No existe sobre la tierra ser alguno que no se sienta atraído poderosamente hacia la cuna de la vida, llámese nido, madriguera o familia. El hombre especialmente

se siente llevado hacia ella más eficazmente, porque la familia acogió sus primeras ternuras, sus primeras palpitaciones y las primeras sonrisas de su vida.

Nadie puede dejar de amarla, y aunque muy distanciados de ella, con las alas del pensamiento volamos al lugar que nos ha visto nacer y en donde hemos abierto los ojos a la luz de la vida. La familia trae a nuestra mente los primeros juguetes, las primeras sonrisas, las primeras lágrimas y las primeras plegarias...

¡Desgraciado el hombre que no ama la familia!.

¿Este sentimiento irresistible por la familia es por ventura solamente natural? Es quizás la simple voz del corazón? ¿Es un mero afecto tal vez del corazón?

No, no, es demasiado grande e irresistible para fundarse únicamente en la naturaleza del hombre. Aquí sucede algo sobrenatural, puesto que la familia despierta en nosotros inclinación tan vehemente. Una atmósfera religiosa envuelve la casa natal. Los antiguos veneraban en ella a los dioses lares o dioses de la familia. Roma no sabía separar el **altar** del **hogar** y luchaba por ambos, como si formasen una misma cosa: **la patria. Pro aris et focis.** Y nosotros la apellidamos santuario doméstico.

El Apóstol, en su lenguaje gráfico, la llamó **iglesia doméstica - domesticam ecclesiam.** Y la familia es realmente una iglesia: Dios está allí, menos presente que en el templo de la fe, pero más presente que en el templo de la creación; Dios está allí presente por su misteriosa influencia; Dios está allí presente en todas sus manifestaciones familiares, comida, oración, alegría, agonía y muerte.

La familia es un santuario y gran santuario...

¿Quién ha creado, levantado, ideado y construído este edificio de la familia? Este divino edificio de la familia no se debe al hombre habiendo nacido con el hombre y porque su origen se junta con el origen de la humanidad. El hombre, pues, no lo ha creado ni podía crearlo. ¡Ay de nosotros si el hombre hubiese creado la familia! Sien-

do un ser voluble e inconstante la habría reformado y la habría vuelto a destruír con sus manos. Está en el poder del hombre crear otras cosas, muchas otras cosas, pero la familia no. El hombre crea el comercio, la agricultura, la pastoría; puede crear también la industria, la ciencia, las artes, la náutica etc. Empero nunca la familia, base y sostén primordial de toda la humanidad.

Era necesario que interviniese un ser superior, y Dios intervino.

Así como es suyo el templo religioso, así también es suyo el templo doméstico. Y desde sus orígenes El extendió su mano sobre ella y la familia se nos presenta con el sello del divino origen y nimbada por una legislación divina.

Para nosotros los creyentes, la Biblia nos relata sus orígenes y la Iglesia nos señala su religiosidad; pero el primer derecho, el derecho incontestable de Dios sobre la familia, forma el patrimonio de las creencias de todos los pueblos.

Matrimonio divino y cristiano

Con relación al matrimonio, la tradición primitiva no pudo ni alterarse ni oscurecerse y todos los pueblos han admitido el carácter religioso del mismo; pues, el origen de la familia, es decir, la unión matrimonial, ha tenido siempre un sello religioso. Tanto que el paganismo tenía el dios del matrimonio: Himenes. Era costumbre, entre los romanos, griegos y egipcios, que los esposos fuesen al templo a ofrecer víctimas, a entonar cánticos y a hacer oraciones para que el cielo ratificase su unión. Los mismos salvajes ponen sus bodas bajo la protección de la divinidad.

Verificada la creación de todos los seres y del mismo

hombre, Adán se hallaba solo, solo de su especie, y por tanto como aislado en la misma creación. El habla, él canta, él ora, pero entre tantos seres no hay uno solo que se le asemeje, a quien confiar su pensamiento y a quien manifestar sus sentimientos. Pero, de pronto, oye la voz del Todopoderoso que dice: **Non est bonum esse hominem solum; faciamus ei adjutorium simile sibi** – No es conveniente que el hombre esté solo y hagámosle un auxiliar semejante a él. Y le domina con un sueño misterioso y, durante el sueño, le abre el pecho y extrae de allí una costilla para formar a la primera mujer. La incredulidad se ríe de esto, mas nosotros admiramos la sabiduría de Dios...

Dios no saca a la mujer de la cabeza del hombre, ni de los pies, para que no se considere ni superior ni esclava del hombre, sino del pecho, cual tabernáculo del amor, para que sea su gentil y graciosa cooperadora, **adjutorum simile sibi.** Y de la costilla brota hermosa Eva.

Se despierta Adán, ve a esa criatura, que sin pertenecer a su carne, sin embargo, es siempre su carne; comprende que en ella encontrará su perfección y entona el himno de las bodas... Dios contempla a Adán y Eva, obras maestras de sus manos, los bendice y les dice: Creced y multiplicaos – **Crescite et multiplicamini.**

El matrimonio, pues, es de origen divino en la ley natural.

El matrimonio, por medio de Cristo, en la ley de gracia, adquiere su perfeccionamiento.

Desgraciadamente, el matrimonio aunque rodeado del carácter religioso, quedó deshonrado y cayó en la abyección. Las falsas religiones lo envolvieron en las tinieblas de la superstición y la inmoralidad. El perdió casi todo lo que tenía de divino y adquirió mucho de lo humano. Las pasiones divinizadas penetraron en el santuario doméstico, y de la misma manera que los hunos, los vándalos y los ostrogodos, al entrar en Roma, más bien que detenerse respetuosos a contemplar los artísticos y soberbios

monumentos, lo devastaron todo y todo profanaron y demolieron; así la poligamia y el divorcio fueron a guisa de bárbaros que profanaron y devastaron el santuario doméstico.

El matrimonio había decaído y Cristo volvió a levantarlo a la primera dignidad. Y de sus divinos labios salieron estas palabras que son toda una creación: **Y el hombre dejará a su padre y a su madre y se unirá a su esposa y serán dos en una sola carne. Lo que Dios ha unido no separe el hombre.**

He aquí, pues, el matrimonio cristiano en su hermosa esencia y admirable rehabilitación.

Cristo y la Iglesia.

Ahora bien, ¿quién ha creado el matrimonio, quién une a los esposos? ¿Quién tiene este derecho supremo, indeclinable, imprescindible? ¿Por ventura el hombre? ¿Tal vez el capricho? ¿Quizás el interés? No, absolutamente, no, sino Dios. **Erunt duo in carne una.**

¿Quién prescribe las leyes supremas del matrimonio? **Quod Deus conjunxit, homo non separet.** Cristo lo ha hecho uno e indisoluble, refrescando la ley primitiva.

¿Quién podrá disolver el matrimonio? ¿Dios? ¿Jesucristo?. Ni Dios ni Jesucristo; porque ni Dios ni Jesucristo han renunciado ni renunciarán jamás a este derecho creando el matrimonio indisoluble. Una sola fuerza, una sola potencia puede disolverlo, la mano de la muerte. La mano de los reyes y grandes de la tierra, aunque se llamen Enrique VIII de Inglaterra o Felipe I de Francia, no.

La Iglesia ha defendido siempre y defenderá hasta la consumación de los tiempos la indisolubilidad del matrimonio.

Non licet; ésta es la espada misteriosa y potente con que la Iglesia y los Papas han defendido el matrimonio cristiano. Esta palabra **non licet** la ha puesto siempre la

Iglesia en la boca de sus ministros, de sus obispos y más aún de los Pontífices Romanos.

Los Herodes y Herodíades, estigmatizados por San Juan Bautista, han tenido muchos secuaces, en el transcurso de los siglos, pero la Iglesia y los Papas han seguido siempre la misma conducta, sintetizada en estas palabras agudas como una flecha y terribles como un rayo: **Non licet**, no es permitido...

El divorcio aristocrático, principesco, regio, se ha presentado ora acá ora acullá.

Los parlamentos aduladores se han sucedido a las cortes aduladoras al través de las generaciones; y la Iglesia ha repetido continuamente, por boca de los Papas: **Non licet.**

Y ¿quién eres tú, oh inerme anciano, que te atreves fulminar con tu palabra mi poder, mi fausto, mi trono, mi corona y mi omnipotencia?.

¿Yo? no soy nada... Mas soy el derecho, la justicia, la virtud, la santidad del tálamo, la fidelidad y la indisolubilidad del **matrimonio**, yo soy el amparo y la defensa de la familia, yo soy Jesucristo, porque hago sus veces: No es permitido, por nada de este mundo y por encima de todo, aún a costa de la misma muerte...

León XIII trazó con su clásica pluma la estupenda encíclica sobre el **matrimonio cristiano**, y el gloriosamente reinante Pío XI condenó con palabras de fuego, mediante otra encíclica, el divorcio, el aborto y todas las plagas que contaminan el **matrimonio divino y cristiano.**

El matrimonio sacramento y contrato

Jesucristo edificando su Iglesia, la levantó sobre siete columnas misteriosas que la sostenían; o, mejor dicho, siendo la Iglesia su cuerpo místico, le dió siete grandes arterias, por las cuales circula la sangre que la vivifica,

sangre de su vida divina, sangre de la gracia, siendo Cristo la vida misma de su místico cuerpo.

Estas siete columnas gigantescas, estas siete arterias o canales prodigiosos de la sangre de Cristo, son los siete sacramentos. Y Cristo hizo del Matrimonio un Sacramento Esto, El enseñó a sus discípulos, esto, proclamó muy alto el apóstol San Pablo y esto, pregonó y pregona la Iglesia, desafiando las iras de los reyes y las persecuciones de los pueblos y las amenazas de las herejías. **Sacramentum hoc magnum est;** el matrimonio es un gran sacramento.

Cuando se quiere definir el matrimonio se dice que es un contrato, pero no simplemente un contrato ni tampoco un contrato como los otros, como una compra, una venta, una donación o un préstamo y así por el estilo. No. no, mil veces no. Es un contrato misterioso, único en su especie y divino en su naturaleza.

El matrimonio es contrato porque en él existe el cambio de dos voluntades libres, por el cual el hombre y la mujer piensan vivir vida común, formar un hogar y perpetuarse por medio de la prole. Sí, el matrimonio es un contrato, por cuanto en él existe la recíproca entrega y aceptación de las personas. Pero, aquí no está todo, hay algo más, mucho más, infinitamente más. ¡Ay del matrimonio, ay de la familia, ay de la sociedad, si la unión, entre el hombre y la mujer, quedase reducida a tan mezquinas y peligrosas proporciones!.

Volvemos a repetir, sí, el matrimonio es un contrato, mas diferente de los otros contratos; un contrato típico, singular, excepcional. En los otros contratos, se cede, vende o compra una cosa cualquiera; mas no se cede, ni se vende la propia voluntad, la propia libertad, el propio corazón. Empero, en el matrimonio, es precisamente la libertad, la voluntad y el corazón que se da; se da en él todo sí mismo, toda su persona, con sus bienes, con sus derechos más delicados e íntimos...

El matrimonio, volvemos a insistir, es un contrato, mas diferente de los otros, diametralmente diferente; porque

en éstos el mutuo consentimiento constituye la esencia del contrato y en el matrimonio, no. Todos los contratos son rescindibles, porque todo consentimiento es revocable. Este es el gran principio de derecho: **Quae mutuo consensu contrahuntur, contrario consensu resolvuntur.** Empero en el matrimonio no. En el matrimonio, el consentimiento no es la esencia del contrato, mas solamente la causa. Se requiere el consentimiento, pero apenas éste se haya manifestado, nace el vínculo conyugal; vínculo que engendra la esencia misma del matrimonio, vínculo perenne, indisoluble e inviolable.

Grandezas del matrimonio

Desde el momento en que los esposos han pronunciado el simbólico y poderoso **sí**, ha nacido el vínculo que los une **irrevocablemente.** Ya no se pertenecen individualmente sino que el úno pertenece a la ótra recíprocamente y para siempre. El esposo pertenece a la esposa y ésta al esposo. Ya no se puede revocar **ese sí.** Ninguna fuerza puede borrarlo. Ningún poder podrá quebrantar esta unión o atadura.

Sí, ni el tiempo, ni las pasiones, ni el capricho, ni la misma muerte, podrán disolver este vínculo de amor que es más tenaz que la muerte. **Fortis ut mors dilectio.**

Pero, ¿quién hace brotar este vínculo?

Es una mano misteriosa, creadora, omnipotente que interviene. Es la mano de la Iglesia que sella inviolablemente ese **sí** sobre los labios y sobre el corazón. Y del mismo modo que en todo contrato se pone la firma con tinta, en este contrato misterioso se efectúa una especie de divina refrendación. Es la sangre de Cristo que, como en todos los sacramentos, empapa, fortifica y consagra a la familia en su origen, en el matrimonio.

El doble **sí** pronunciado por los esposos queda rociado por la sangre de Cristo; y siendo esta sangre divina, divi-

no se torna el **sí**; siendo esta sangre eterna, eterno se torna el **sí**, irrevocable. De tal suerte que la voluntad libre de los esposos, sostenida por la fuerza de la sangre de Cristo, adquiere consagración, solidez e indisolubilidad.

El matrimonio, pues, es **sacramento,** porque instituído por Jesucristo; **sacramento,** porque confiere la gracia; **sacramento,** porque es signo sensible de la gracia invisible; **sacramento** no fugitivo, sino perenne e inmanente como la Eucaristía; **sacramento,** que queda, que perdura tanto como la vida conyugal.

¡Cuán grande, por lo tanto, es el Sacramento del Matrimonio!

Lo vemos radiante de luz, de belleza sobrenatural, de fuerza sobrehumana, y es, en la Iglesia Católica, digna cuna de la familia. ¿Quién se atreverá a profanarlo de algún modo, ajarlo, retocarlo siquiera?.

El que posee una obra de finísimo arte, por ejemplo, un lienzo de Rafael o de Murillo, lo conserva con esmerada delicadeza y se guardará muy bien de tocarlo para agregarle algo, un solo toque, una sola esfumadura. Si tal cosa hiciese diríamos que ha cometido una profanación, un delito artístico, porque convertiría en mamarracho una obra maestra.

Pues bien, el Matrimonio Cristiano es obra maestra de Jesucristo. ¿Quién tendrá la osadía de poner en él su mano para retocarlo y enmendarlo? ¿Cuál será la mano sacrílega que se atreva a atentar contra la santa e inmaculada pureza del Sacramento matrimonial?

Por eso es que la Iglesia ha sido y será siempre la defensora inmortal del Matrimonio y el ángel tutelar de la familia. Por eso la Iglesia ha defendido siempre la doctrina católica sobre el Matrimonio. Con este fin ha inspirado a los Padres y Doctores y Teólogos; ha pedido a los Concilios anatemas contra los enemigos del matrimonio cristiano, y ha puesto en las manos de sus Pontífices una espada misteriosa para ampararlo contra los asaltos del error y de las pasiones...

El origen del matrimonio.

En el hombre hay que distinguir cuatro cosas; la inteligencia, el corazón, los sentidos y los bienes materiales, que dependen de él y están vinculados con él.

De estas cosas, ¿cuál es la base del matrimonio?.

La inteligencia no es el origen del matrimonio, porque la mente es a manera de un astro luminoso, pero astro solitario; y la inteligencia vive de vida especulativa y busca conceptos espirituales y no busca la familia. La inteligencia busca el arte, la ciencia, la filosofía; y el matrimonio no es ni arte, ni ciencia, ni fisolofía.

Tampoco los bienes materiales pueden ser la base, el origen del matrimonio, puesto que la materia no puede alimentar la llama del amor en los corazones. La materia, los bienes de la tierra, son como una ducha de agua fría sobre el entusiasmo de dos corazones que se aman.

Lo mismo debe decirse de los sentidos. Pues las pasiones engendran el amor sin estimación y sin respeto, y, por tanto, pasajero y vil.

El matrimonio tiene por base el corazón. Gran cosa es la inteligencia, pero el corazón es más que la inteligencia. Delante de ésta nos inclinamos y delante del corazón nos arrodillamos. En él hay el destello más poderoso de la Divinidad.

El corazón es una potencia superior a los intereses materiales, a los sentidos y hasta a la inteligencia misma. El corazón anhela darse y darse todo entero; el corazón siente la necesidad de no vivir solo, sino de difundirse y comunicarse a los otros. El corazón cuando no se enamora exclusivamente de Jesucristo en la vida religiosa, se orienta hacia la vida conyugal.

Sobre el amor estriba el matrimonio, pero el amor con-

yugal debe luchar contra tres fuerzas terribles, que lo asechan y conspiran contra él.

La primera fuerza que debe superar es lo desconocido. El hombre que vive del ideal, piensa encontrar en el matrimonio el ideal acariciado, y cuando los casados, al poco tiempo de haberse juntado descubren recíprocamente en sí mismos defectos que ignoraban, se hallan delante de lo **desconocido**, que puede entibiar los primeros y los más ardientes entusiasmos.

Otra fuerza enemiga del amor matrimonial es el tiempo, porque el tiempo es el enemigo mortal de la belleza y la juventud. La juventud es la sonrisa de la vida, y el terrible tiempo aja los colores y marchita la frescura juvenil.

La tercera fuerza contra el amor conyugal es el corazón mismo, por su volubilidad e inconstancia. Este trae nuevos amores que producen los celos y las discordias en la familia y ésta en lugar de ser un pequeño paraíso se convierte en un infierno.

¿Quién pondrá coto a estos peligros? ¿Quién amparará al corazón contra estos tres enemigos?

Contra las sorpresas del corazón.

Se necesita una fuerza superior, que está en Dios y en su gracia. Y el Matrimonio—sacramento—da esta gracia indispensable. El, afortunadamente, a los enemigos del amor conyugal opone una triple barrera de bronce. El lo fortifica contra la revelación de lo desconocido, contra el tiempo y contra sí mismo.

La gracia de Dios ilumina el corazón y enseña q' no debe amarse lo efímero, lo fugaz y lo deleznable, sino lo inmutable y lo eterno. La hermosura del cuerpo, los encan-

tos del espíritu y la fascinación de las riquezas acaban por fastidiar, desagradar y amargar después de algún tiempo.

La gracia, por el contrario, revela otra belleza, la belleza del alma. Esta es la primera belleza y la que inspira y engendra el amor invencible. Jesucristo amó al alma humana hasta morir por ella.

La gracia fortifica el corazón, pues cuando se ama al alma el amor se torna constante y no puede languidecer, porque el alma no muere y, juntamente con el alma el verdadero amor es inmortal.

Y entonces ni el terrible tiempo podrá destruir el amor cristiano, antes lo purificará y divinizará. Los esposos, siempre unidos en vida, lo serán en el sepulcro y, más aún, en el reino de la inmortalidad.

Las grandezas morales están siempre expuestas a grandes peligros. El matrimonio cristiano fuente de infinitos bienes, tiene muchos y formidables enemigos. Bastará recordar solamente tres pasiones que se esfuerzan por corromperlo y destruírlo.

El sensualismo, que dice a la carne: reina y sé señora; y al espíritu: sirve y envilécete. El sensualismo, amontonando ruinas sobre ruinas, en todo tiempo y en el nuestro especialmente, vicia y malea el matrimonio, lo profana y lo mina desde los cimientos.

Sigue al sensualismo el egoismo, que profana el matrimonio cristiano y lo detesta para crear el celibato incontinente, que es la peor de las degeneraciones.

El celibato – virtud – es hijo de la caridad, porque es fecundo en obras y heroísmos caritativos. Pero el celibato—vicio—busca el placer y la vida libre e independiente.

El tercer enemigo es la codicia, por donde se considera el matrimonio como un simple contrato, contrato mercantil. Se busca sólo el interés, el pingüe dote de la esposa o la fortuna colosal del esposo. Un negocio como cualquier otro, y hecho el negocio, se desbarata el matrimonio o mediante el divorcio o bien la fuga de uno de los dos.

Los libertinos abominan del matrimonio, pero los bue-

nos hijos de la Iglesia deben amarle, porque la sociedad no se funda sobre el vacío, sino sobre la familia que tiene por origen el matrimonio cristiano, el matrimonio sacramento.

La flor del matrimonio.

El matrimonio es el acto más solemne y decisivo de la vida, porque él es el origen de la familia como la familia es la base de la sociedad y de la patria. Decimos orígen, puesto que el matrimonio es la fuente de la familia, mas no constituye toda la familia, pues ésta no consiste sólo en la unión del hombre con la mujer.

El árbol misterioso del matrimonio debe dar necesariamente una flor: el hijo.

Inmensas son las alegrías de la paternidad y de la maternidad. Es la vida que se renueva, la existencia que se perpetúa y el nombre que se trasmite.

Ese ser tan diminuto y a la vez gracioso, querido y amable, no obstante su debilidad, delicadeza y fragilidad, forma el centro del santuario doméstico; su cuna es el sitio más honorable y más querido y atrae la ternura y cuidados de todos.

Sí, el niño es una flor, que puede resultar también una espina. Es objeto de ternura y amor, y suscita, sin embargo, fuertes temores y penosas preocupaciones. En la medicina se necesita una terapéutica para cada enfermedad y en la educación un tratamiento especial para cada niño. A la pedagogía cristiana incumbe la obligación de señalar los deberes de la educación doméstica.

El niño es la flor de la vida humana. Está destinado a perpetuar acá en la tierra la cadena de la humanidad. Por eso Dios, que ama tanto a los hombres, ha creado el corazón y en él ha puesto un rayo de su bondad, una chispa de su amor, y, mediante la atracción del afecto,

ha creado el matrimonio, ha hecho nacer la familia y fin de la familia es el niño.

Además de ese cuerpo que vemos, en el niño, existe también un principio inteligente; una mente que comienza a despertarse; una voluntad que da los primeros pasos; un corazón que se aficiona; una conciencia embrionaria que contiene los gérmenes del bien y del mal. El niño pues es un alma, una flor espiritual.

Recibidas las aguas del bautismo, el niño es un pequeño cristiano, un pequeño Jesús. Para él hay un Belén, la cuna, la infancia; un Nazaret, la escuela y el taller; su Calvario, porque el dolor es la herencia de todos, y un día tendrá su Tabor en los cielos...

El niño es la humanidad en germen. Sobre él caen las miradas angustiosas de la Iglesia y la Patria. El niño es la esperanza de lo futuro, **in puero spes.** El es la Iglesia y la Patria del porvenir; de consiguiente, estas dos místicas madres, dirigen sus pasos, gobiernan su desarrollo y anhelan las primeras manifestaciones de su vida moral.

Para él Dios ha creado la familia, la Patria y la Iglesia; para él ha puesto Dios al padre, a la madre, al sacerdote y al maestro. Y de este niño puede salir un hombre de bien o un facineroso, un sabio o un malvado.

Misión de la educación.

El niño es como la cera, de la cual se puede sacar el modelo que se quiere; de allí brotará la estatua perfecta, allí se forja el porvenir del hombre... Todo es obra exclusiva de la educación. Grande, pues, es su misión.

Ella señala el principio de la existencia y se puede afirmar que la asegura; y la vida no es otra cosa que una línea más o menos larga, cuyo punto de partida es la infancia. Todo lo que tenemos lo hemos recibido en aquella edad en la cual principian a desarrollarse todas las fuerzas.

Esta tierna criatura, el niño, es una mente, un corazón y un cuerpo, simultáneamente. Es una mente ávida de verdad; quiere saberlo todo, las grandezas del bien, junto con los misterios del mal. Es un corazón sensible y puro que siente la necesidad de amar y se apaga instintivamente. Es un cuerpecito tierno y virginal en que se esconden los gérmenes de las pasiones.

La educación es necesario que tome posesión de la mente, del corazón y del cuerpo; la educación, por lo tanto, puede ser física, intelectual y moral.

Nos ceñiremos sólo a la educación religioso–moral, que consiste en sembrar la semilla de la verdad; en despertar en la conciencia los dictámenes de la justicia; en imprimir en el corazón los principios de la verdad.

Los padres han dado al niño la vida física, pero es menester que le den también la vida religiosa y moral. No basta que hayan dado la existencia a un ser viviente, es preciso que de este ser hagan un hombre, un ciudadano y un cristiano. Habiendo recibido de Dios un hijo deben dar a Dios un cristiano, que conozca a Cristo, que ame a Cristo y que viva en Cristo y por Cristo, de modo que sea el santuario de Dios y templo del Espíritu Santo. De consiguiente, la educación es la función más importante del gobierno de la familia y la mayor misión de la soberanía doméstica.

La familia es verdaderamente un reino y un reino libre e independiente. La misma sociedad civil no se atreve salvar su umbral; el edificio doméstico es sagrado e inviolable. **En mi casa soy rey,** decía un poeta. Y en Inglaterra existe un proverbio aureo, puesto que es la suprema expresión del sentimiento de libertad: **En mi casa el sol y el viento pueden entrar, mas el rey, no, sin mi permiso.**

La educación del niño pertenece primera y directamente a la familia, habiendo Dios formado dos seres, que son las columnas del santuario doméstico, dos seres que son los primeros factores de la educación doméstica: la madre y el padre. La madre representa el amor y el padre

la Providencia; la madre obra con la palabra y el padre con el ejemplo; la madre representa la ternura y el padre la solicitud.

Ambos alimentan, guardan, protegen y, sobre todo, educan al niño. Y su obligación educativa debe extenderse más allá de los umbrales del hogar, debe seguir las huellas del hijo, en la juventud, en la virilidad y más allá... Deben ser siempre el **amor** y la **providencia**, aun cuando tengan los cabellos blancos y aún cuando el hijo ya no esté obligado a obedecerle por su mayor edad...

La madre cristiana.

El niño puede ser flor y puede degenerar en espina. Todo depende de su formación. Puede ser una esperanza o bien una amenaza para la sociedad en que habrá de actuar. Urge pues educarle cristianamente y en esta labor figura tres seres de grandísima importancia; la madre, el padre y el sacerdote.

La madre es la que ejerce la primera función, ella es el factor más influyente en la educación doméstica, porque está exclusivamente consagrada a ella, mientras el padre debe atender a mil ocupaciones y preocupaciones.

Dios ha elevado a las madres cristianas a un altísimo grado de dignidad, y ha dispuesto que el ser que fué destinado a darnos la vida natural tuviese también la nobilísima misión de darnos la vida moral.

La madre, cuando realizó su desposorio al pie de los altares, cumplió un acto grande y solemne. En ese instante no se celebró sólo el matrimonio, sino que, entre Dios y la madre cristiana, se celebró también un pacto de recíproca promesa. Dios ha prometido a la esposa que sería madre con esta condición, de concederle a El la paternidad espiritual de sus hijos; derramando en ellos la fe y el amor de Cristo.

Nada más grande ni más divino que esto! El matrimonio cristiano confiere una especie de sacramento a los esposos. Y el niño es miembro del cuerpo místico de Jesucristo.

La antigüedad había entrevisto la nobleza del niño: **Res sacra es puer; máxima debetur puero reverentia.** La había entrevisto, mas no supo actuarla.

El paganismo oprimió al niño. Sus leyes tiránicas lo aplastaron, considerándolo como una fuerza numérica del estado, ciudad, república o imperio. Se buscaba en el niño un futuro atleta, un futuro soldado, y si su complexión no daba garantías para tanto, podía ser suprimido. Esparta los arrojaba al abismo; Roma concedía a los padres derecho de vida o muerte sobre ellos; en las Galias y en Africa eran inmolados a las falsas divinidades.

El niño no podía ser respetado porque faltaba la madre; y la madre era imposible siendo legalizado el divorcio, que se pretende extender doquiera en nuestros días. La madre divorciada de entonces y de hoy no puede decir: ¡estos son mis hijos.!.

Un día Cornelia, señalando a sus hijos a una amiga suya, exclamaba: ¡He ahí mís joyeles!. Y estas palabras fueron recogidas con veneración por la historia y veneradas por los pueblos, como una joya preciosísima en un montón de escombros.

¿Qué son las Cornelias de Roma comparadas con las madres cristianas, quienes en sus hijos ven un alma inmortal, templo viviente de la Divinidad y sobre su maternidad sienten el soplo de Jesús que dijo: **Dejad que los niños vengan a mí?**

La madre cristiana, por tanto, es verdadera y completamente madre, puesto que no da solamente la vida física sino también la vida espiritual.

El padre cristiano.

Después de la madre viene el padre, que es el segundo factor de la educación en la familia. La madre representa el amor y el padre la autoridad.

La autoridad, según un elocuente pensador, deriva de autor y está investido de autoridad el que es autor o creador de alguna cosa. Por eso Dios es la suprema y mayor autoridad, por ser el autor y creador de todas las cosas y el que posee autoridad participa de la obra de Dios y de la prerrogativa de Dios como creador.

Además, Dios es nuestro Padre — **Pater noster** — porque ninguno puede ser padre como Dios, ninguno bueno como El y ninguno puede amar tanto a las criaturas como El. Pues bien, el padre de familia participa de la paternidad de Dios, y en el santuario de la familia, junto con la madre, es necesario que forme religiosa y moralmente el alma de sus hijos mediante el ministerio de la educación.

La madre ejerce este ministerio por medio de la palabra y el padre por medio del ejemplo.

El niño ¿quién lo ignora? vive de imitación, él se mira en los otros, como en un espejo, y obra y procede como ellos. Se asemeja al joven artista que aprende como discípulo en la escuela del maestro, copiando y copiando una y otra vez. El niño necesita llevar ante los ojos nobles y virtuosos ejemplos para ser él también probo, honesto y virtuoso. Si en cambio presencia ejemplos vituperables, de escándalos, de palabra u obras, podemos estar seguros de que los seguirá y los imitará.

El padre, pues, es preciso que se presente al niño como un modelo viviente de fe y virtud. ¡Ay del padre que diere mal ejemplo y pobres hijos que son víctimas suyas!.

En nuestros días los padres se quejan que no son respetados ni obedecidos como antes. ¿Por qué este desorden

en la vida doméstica? Porque la madre no es madre cristiana ni el padre, padre cristiano.

Difícil es encontrar a una mujer incrédula, sin embargo, existe por una de tantas aberraciones de la pobre humanidad. Pero es muy común hallar a la mujer, a la madre débil, la cual constituye un peligro para la educación de los hijos. El segundo peligro es la vida frívola que impide la noble misión de la maternidad. La madre debe amar a sus hijos, mas no idolatrarlos, y la madre que, por su frivolidad, es enemiga de la vida doméstica no es digna del nombre de madre y no puede tener afecto por los hijos ni pensar en su educación, ni soportar sus defectos para corregirlos maternalmente.. .

En cuanto al padre, podemos afirmar que el niño no ha estudiado las reglas de la lógica, pero con todo el niño es un pequeño filósofo, quizás inconsciente, mas consecuente en sus juicios y, más aún, en sus hechos. Del lenguaje del padre, imprudente y hasta blasfemo, sacará en limpio que en el mundo hay dos pesos y dos medidas, es decir, dos religiones y dos morales; la religión y la moral para los niños y la religión y la moral para los adultos. Y la escuela atea, hoy en boga, continuará esa obra de perversión, iniciada por el mal padre de familia...

Es necesario que el padre cumpla sus deberes de creyente y de jefe de la familia y entonces será amado y respetado del hijo y será un factor eficaz y poderoso en la educación doméstica.

El sacerdote católico y el niño.

Después del padre y de la madre, existe un tercer factor en la educación del niño, el sacerdote católico.

Hoy se hacen grandes esfuerzos para separar al sacer-

dote de la educación del niño a fin de paralizar la obra benéfica de la religión. Pues, el padre y la madre católicos deben echar las bases del edificio espiritual; pero el sacerdote católico lo debe desarrollar y perfeccionar. El sacerdote recibe al niño a las puertas del templo, repitiendo las palabras de Cristo: **Dejad a los niños que vengan a mí.**

Ahora hace veinte siglos, en una pequeña provincia del Imperio Romano, junto a los lagos de la Judea y Galilea, apareció un hombre, de aspecto dulce y melancólico, severo y afable, un armónico conjunto de ternura y austeridad. Amaba a todo el mundo con infinito amor. Amaba a los pobres, a los niños y a las almas. Amaba más tiernamente a los pecadores... El trabajó, enseñó, habló, exhortó, consoló, enjugó muchas lágrimas y también las derramó muy abundantes.

No fundó una familia mas fundó la inmensa familia de los regenerados. Su muerte fué un sacrificio regenerador y una lección sublime. Ese Hombre inmensamente amado y odiado en vida y después de muerto; ese Hombre que Dios llama su Hijo y que la humanidad llama su Dios es Jesucristo, el sacerdote católico en su origen, en su fuente y en su genuino ideal.

El sacerdote es hombre, es un conjunto de debilidades y de miserias, que difícilmente podrá acercarse a Jesucristo, tipo perfectísimo. Nadie lo pone en duda. Y la incredulidad ahí está para echarle en cara a cada paso, exagerando, sus culpas; la incredulidad ha enumerado sus culpas individuales, las ha contado una a una, disecando su organismo como el anatomista estudia el cadáver humano... Sin embargo, el sacerdote es el continuador del Sacerdote eterno, de quien perpetúa la obra; podrá ser importuno mas será indestructible; ni dejará nunca de existir, hasta que haya enjugado la última lágrima, perdonado el último pecado, santificado el último acto de dolor, clavado la cruz en la última tumba del mundo. Como individuo, podrá merecer reproches y condenas del

mundo, mas como institución, es divino, es inexpugnable....

En todas sus manifestaciones apostólicas, el sacerdote es sublime pero es más sublime aún ante el niño, haciéndose pequeño con los pequeños. El sacerdote en el momento de balbucear con el niño las verdades de la fe y las máximas del decálogo, ofrece el espectáculo más sublime que se pueda imaginar. Movido por la ley del deber sacerdotal y sostenido por el espíritu de abnegación y sacrificio, se hace pequeño en la esfera de su acción y se esfuerza, él a los treinta, a los cuarenta, a los sesenta años para desandar el camino de la vida; vuelve a los siete, nueve, doce años para acomodarse a las pequeñas inteligencias, haciéndose sencillo con los sencillos, a fin de instilar, gota a gota, en las almas tiernas el torrente de las divinas verdades.

Para esta labor, el sacerdote se vale de un libro que todos conocemos y que la incredulidad debería conocer mejor y estudiar antes de combatirlo; este pequeño libro, en el cual, en forma dialógica, se encuentra la respuesta a todos los mayores problemas religiosos y morales, se llama **catecismo.**

La incredulidad lo desprecia porque lo ignora; lo combate porque no lo ha estudiado. Pero en ese libro se halla la verdad, toda la verdad. Allí está la verdad en su quinta esencia; allí está el código de la verdadera educación; allí está la base de la moral cristiana.

La educación cristiana y sus frutos.

Diderot sorprendido por su amigo Beauzé, mientras enseñaba el catecismo a su hija, con grande escándalo del segundo, Diderot dijo: **Amigo mío se puede pensar como**

incrédulos escribiendo libros y en las conversaciones de la Enciclopedia, pero en la casa, no. Y dime, cuál libro más oportuno que el catecismo para educar a mi hija y formarla en lo que debe ser en la realidad: hoy una niña tierna y respetuosa, mañana una esposa fiel y una madre digna de sus hijos? Colega, convenzámonos. No existen bases más profundas para la educación que las del Cristianismo.

Y el sacerdote enseña el Cristianismo al niño, imprime sus dictámenes en la virgen conciencia del niño, grabando en ella, por decirlo así, a Dios y la eternidad de tal suerte que el alma del niño se hace gigante y capaz de grandes cosas. La une con Dios, la identifica con él, con el Crucificado, con Jesucristo, por medio de la comunión. De este modo el sacerdote cumple y perfecciona la educación de los hijos.

El padre, la madre y el sacerdote: he aquí los tres agentes nobilísimos de la educación doméstica. Esto sintetiza la palabra que instruye, en la madre; el ejemplo que edifica, en el padre; y la enseñanza que perfecciona, en el sacerdote. De la educación cristiana se sigue la orientación de la vida. **Cuando la educación,** dejó escrito De Maistre, **ha esculpido en el corazón y en la mente del niño la gran imagen de Dios, ninguna fuerza la podrá borrar.**

Poned en mis manos la educación de la juventud, decía Leibnitz, **y yo en menos de un siglo os transformaré la faz de la tierra.**

La verdadera educación es la que forma a las generaciones nacientes, suscitando en ellas el sentimiento y el deber del respeto, que es la causa esencial de la paz, del orden y del progreso en medio de la sociedad. Enemigo del respeto es el desprecio. Cuando la autoridad no respeta la libertad se vuelve despotismo; y cuando la libertad no respeta la autoridad degenera en licencia o libertinaje. Es menester pues que se fundan la autoridad y la libertad.

Podemos y debemos amar la libertad, pero la libertad

debe ser antes un deber que un derecho, el deber más sagrado, el deber de respetar el derecho ajeno y sobre todo la autoridad. Y hoy día la autoridad es despreciada por la falta de educación en la familia.

Los padres de familia no son respetados. Y de esto se quejan todos. Pero ¿quién tiene la culpa de ello? Los padres mismos, que no respetan a Dios ni se respetan a sí mismos en la educación de la prole. Y del desprecio a la autoridad doméstica deriva el desprecio a la autoridad civil. Y la rebelión en la familia prepara la rebelión en la sociedad.

Inútil es hablar de civilización, de que tanto nos pagamos nosotros, cuando falta la moral, porque la civilización, ante todo y sobre todo, debe ser el triunfo de la verdad y de la virtud. La religión, por lo tanto, es el gran factor de la civilización, por ser ella la base y la sanción de la virtud, y el verdadero criterio de la civilización es el sentido moral.

Civilización y familia.

La civilización, ante todo y sobre todo, es cultura de los corazones, elevación moral y triunfo de la verdad y la virtud. La religión, por lo tanto, es el mayor factor de civilización porque ella es el fundamento y sanción de la virtud, la cual constituye el verdadero criterio de la civilización que es un sentimiento moral.

En esto y no en otra cosa, está el termómetro con que se puede juzgar del grado de civilización de un pueblo. Cuando el sentimiento moral está en auge, entonces está también en auge la civilización; mas cuando el sentimiento moral está por el suelo, no obstante las más grandes manifestaciones del progreso material, por el suelo andará asimismo la civilización, o cuando mucho tendremos una civilización mutilada.

Ahora bien, el sentimiento moral, en primer término y en los mismos albores de la existencia humana, se forma en el santuario doméstico, en la familia por medio de la educación, el cual recibirá su perfeccionamiento en la escuela si ella es cristiana y no atea.

Con mucha razón ha dicho Smiles que, "la buena familia es la mejor de las escuelas y no tan sólo en la niñez sino también en la vejez. El primero y mejor semillero de la moral disciplina es la familia; inmediatamente después la escuela y por último el mundo, grande escuela para la vida práctica".

Emilio Castelar, grande ecadémico español, dijo: "No conozco otra escuela de virtud fuera del hogar doméstico".

Prerrogativas de la familia.

Cuatro son las prerrogativas externas de la familia según el P. Félix, eximio orador: ser ella la institución más antigua, la más universal, de mayor actualidad y perpetuidad. Ningún reino o imperio puede ostentar estas dotes de tiempo, espacio, permanencia y continuidad.

La familia es antigua como el mundo y tan dilatada como el espacio inmenso; desde Adán hasta hoy y de una a otra extremidad de la tierra. Y con todo siempre permanente, siempre actual, siempre vibrante de lozana vida y exuberante, y habiendo comenzado con el mundo no terminará sino con el último hombre. Caen las ciudades, se derrumban los reinos y monarquías, se eclipsan los imperios más poderosos y prósperos, solamente la familia permanece y permanecerá siempre jamás. La familia corre la misma suerte que la humanidad y quedará en pie mientras esté en pie la humanidad y cuando ésta desaparezca desaparecerá la familia.

Prerrogativas internas de la familia son, la belleza espiritual, la perfección de la armonía, la santidad y la felicidad. En las duras pruebas de la vida la familia es un reflejo sagrado para las almas atribuladas. El alma descansa en ella como en un oasis de paz y el corazón encuentra en ella un puesto seguro contra la tempestad. "Más me agito en este mundo, decía Tocqueville, y más me convenzo que la felicidad doméstica es la única que vale". El calor del hogar, la dulce mirada de la madre, la sonrisa de los hijos son parte para calmar las más recias tempestades del corazón.

Y este cuadro ideal de la familia cristiana podrá realizarse? Sí, este cuadro tan primoroso fué pintado por Cristo y por El realizado, XIX siglos ha, y nos queda el ejemplo de la familia de Nazaret. Si este ideal se ha perdido de vista y está muy distanciado de la familia de hoy, debe atribuirse a la falta de espíritu cristiano y a la casi negación del ambiente evangélico y porque todo se ha reducido a cálculo brutal y al más grosero egoísmo. El santuario doméstico se arruina, es profanado y va perdiendo su divina y estupenda fisonomía. Y esta fisonomía podrá recuperarla sólo entonces cuando una filosofía cristiana anime nuevamente nuestras leyes, corrija muchos errores y vuelva a refrescar la atmósfera que nos rodea con su brisa suave y refrigerante.

Apreciaciones ponderosas.

La familia, dice **Groghese**, la casa paterna es como una iglesia natural, raramente niega un consuelo, y prepara el alma a consuelos mayores.

Respetemos, dice **Cantú**, conservemos, consagremos la familia, esta cuna de la sociedad civil, este acuerdo físi-

co y moral que de muchas personas constituye un espíritu solo, una sola alma y casi un solo cuerpo.

La calma felicidad doméstica, afirma **Jean Paul**, es la más noble, porque nosotros podemos gozarla sin interrupción; el goce ruidoso es solamente un huesped extraño que nos colma de cortesías, mas no es un amigo que permanece en casa.

La naturaleza, creando a los hombres como son, les ha dado una gran compensación en sus muchos males por medio del don de la familia y la patria, como asegura **Hugo Fóscalo.**

El hogar, agrega **Jokay**, no es humillante; puede ser un trono desde el cual la mujer rige al mundo.

La sociedad, dice **Lacordaire**, es un desarrollo de la familia, y si el hombre sale de la familia corrompido, entrará corrompido en la ciudadanía.

La mujer que fiel y tranquila vive por su propia casa entreteje con hebras de oro la suerte de sus hijos, según sentir de **Leixener.**

Con los padres pórtate del mismo modo con que quisieras ser tratado de tus hijos, enseña **Leopardi.**

Una vida feliz familiar dice **Liliencron**, entre marido y mujer junto con sus hijos es el primer premio en la lotería de nuestra existencia. Sobre ella se funda el estado, la moral, la paz y en globo nuestra salud física y moral.

Las solas alegrías puras y exentas de tristezas que el hombre puede disfrutar en esta tierra, son las alegrías de la familia, como atestigua **Sivio Péllico.**

El mismísimo **Mirabeau,** dejó escrito: los sentimientos y costumbres que constituyen la felicidad pública, se forman en la familia.

El que es bueno en familia es también buen ciudadano, conforme al pensar de **Sófocles.**

En el **Talmud** leemos, que la sociedad y la familia son semejantes al arco de un palacio que al quitarle una sola piedra se viene abajo.

Títulos y honores y favor humano, todo, todo es solo un pálido vapor; el único sólido jirón de fortuna es la felicidad familiar, como afirma **Vierordt.**

Mazzini, apesar de muchas falsas apreciaciones suyas, ha hecho de la familia este hermosísimo elogio: "La familia es la patria del corazón. Hay un ángel en la familia que, por medio de una misteriosa influencia de gracias, dulzura y amor, hace el cumplimiento de los deberes menos áridos y los deberes menos amargos... El ángel de la familia es la mujer... Considerad a la familia como cosa santa. Consideradla como condición inseparable de la vida y desechad todo asalto que se le haga por hombres embebidos en falsas y brutales filosofías, o por incautos que al verla a menudo defectuosa, juzgan, bárbaramente, que el remedio consiste en suprimirla. La familia es concepción de Dios y no vuestra. Ninguna potencia humana puede suprimirla. Como la patria y más aún que la patria, la familia es elemento de vida".

Apéndice ilustrativo

En el camino entre Arequipa y Tingo, se levanta del suelo, en humilde actitud, una severa cruz de hierro pa-

ra conmemorar un triste acontecimiento, señalado por esta fecha: mayo 26 de 1925.

Cuatro jóvenes animosos, guiados por la fe y sostenidos por la caridad, se despidieron de su patria para ser apóstoles y la Providencia dispuso que se convirtiesen en mártires. Antes de esparcir la luz de su mente en torno suyo y el fuego de su ardiente corazón, derramaron su generosa y pura sangre, de manera trágica, en el suelo peruano que debía ser testigo de su celo en pro de la juventud.

Almas grandes fueron las de Bini, Dagani, italianos, y las de Gabris y Rufajdus, checoslovacos. Lo habían abandonado todo, familia, bienes, alegrías y goces, a fin de seguir las huellas de Cristo su maestro, y en la patria de Santa Rosa encontraron la mística escala por donde llegaron al cielo... digno premio de su heróica generosidad. Estas tiernas plantas fueron trasplantadas del jardín salesiano al Edén celestial. La tierra no era para ellos el cielo los reclamó...

Pues bien, el agua pura supone una fuente purísima y el rayo de luz, un foco que lo ha producido, esas almas grandes, en su misma corta edad, manifiestan muy a las claras, que a guisa de ángeles humanos tuvieron un nido, una familia y enseguida una escuela, de donde sacaron pureza de sangre y pureza de enseñanza que alimentaron y fortificaron su espíritu para grandes cosas.

Las perfumadas flores que llenan de aroma el ambiente, los seres nimbados de incomparable nobleza que cautivan a sus semejantes, tienen por jardín el hogar católico y por palestra la escuela cristiana; fuera de ahí no hay nada bueno y se cosechan solamente abrojos y se producen seres sin nobleza funestos para sí y los demás.

El mérito de **la familia cristiana es inapreciable.** Es un don que Dios concede a los países que se han hecho acreedores a él y por donde los quiere salvar.

Feliz remate.

Albricias, albricias! **Roma locuta est,** Roma ha hablado y el jovencito Domingo Savio fué declarado **venerable,** por su heroicidad en la práctica de las virtudes cristianas, no obstante haber pasado de su patria terrenal, Italia, a la patria celestial, a la tierna edad de **quince años.**

Domingo Savio fué una gloria del sistema educativo de Don Bosco y un modelo de pureza, de piedad y de apostolado para la niñez y juventud de nuestra época. Como tal lo propuso S. S. Pío XI, y le llamó **fruto, entre los primeros el más bello, el más exquisito de la obra educativa del Beato Don Bosco.**

El santito de pantalón, chaleco y americana, como le apellidó el cardenal Vives y Tutó, es el ideal de los niños de su misma edad y de sus mismas condiciones, eso es, pobres y casi desamparados.

San Luis Gonzaga, su compatriota, quedará el patrono de la juventud y Domingo Savio será el patrono de la niñez...

Pues bien, de dónde brotó esta nueva y fragrantísima flor del jardín de la Iglesia de Cristo? Del hogar y la escuela caldeados por el espíritu del Evangelio. De allí solamente salen almas grandes y capaces de grandes cosas.

La escuela laica o atea y el hogar descristianizado no darán nunca nada bueno... sí que mucho malo, malísimo...

Advertencia necesaria

Al fin de este tercer folleto, de propaganda católica, muy complacidos hacemos constar por gratitud y para estímulo de otras personas, q' la floreciente Archicofradía de María Auxiliadora, establecida en la iglesia homónima, nos ha ayudado eficazmente en dichas publicaciones.

Animada por el espíritu del Beato Don Bosco, quien fué un eximio propagandista de la verdad católica, ha querido contribuír a sembrar la buena semilla en el campo de la Iglesia, hoy más que nunca amenazado por la zizaña de error.

La Acción Católica, tabla de salvación en medio de la tormenta que ruge a nuestro alrededor, reclama algún sacrificio, físico y moral, en pro de su alta y salvadora misión.

La palabra! He aquí la gran palanca. La palabra viva y la palabra escrita, que penetra doquiera, debe levantar del letargo a tanta gente que vive mas no obra; a tantas personas que vegetan y no laboran en el místico campo en que actúan materialmente y nada más.

A la benemérita Archicofradía de María Auxiliadora un **Dios se lo pague**, de lo íntimo del corazón.

——»«——